

Lethierry,—á su sucesor en la parroquia, el nuevo rector de Saint-Sampson, el reverendo Joë Ebenezer Caudray, en lo sucesivo pastor de mess Lethierry.

Deruchette se levantó.

El jóven cura, que era el reverendo Ebenezer, se inclinó.

Mess Lethierry miró á Mr. Ebenezer Caudray, y re-funfuñó entre dientes: mal marinero.

Gracia acercó sillas. Los dos reverendos se sentaron junto á la mesa.

El doctor Hérode empezó un discurso.

Habia llegado á sus oídos la noticia de un suceso. La Duranda habia naufragado. Venia como pastor á consolar y aconsejar.

El naufragio era una desgracia, pero tambien una dicha. Sondeémonos; ¿no estábamos hinchados por la prosperidad? Las aguas de la felicidad son peligrosas. Es menester no considerar como un mal los contratiempos. Las miras del Señor son desconocidas. Mess Lethierry estaba arruinado. ¿Y qué? ser rico es estar en peligro. Se tienen falsos amigos. La pobreza los aleja. Se queda el hombre solo. *Solus eris.*

La Duranda, segun se decia, dejaba anualmente un producto líquido de 1,000 libras esterlinas. Es una cantidad excesiva para el hombre prudente. Huyamos las tentaciones, desdeñemos el oro. Aceptemos con reconocimiento la ruina y el abandono.

El aislamiento está lleno de frutos. En él se obtienen

las gracias del Señor. En la soledad encontró Aia las aguas calientes, conduciendo los asnos de Sebem su padre. No nos rebelemos contra los impenetrables decretos de la Providencia.

El santo hombre Job, despues de su miseria, habia crecido en riquezas. ¿Quién sabe si la pérdida de la Duranda no tendrá sus compensaciones, hasta temporales?

El mismo doctor Jaquemin Hérode, habia empleado capitales en una muy buena operacion próxima á ejecutarse en Sheffield; si mes Lethierry, con los fondos que le quedasen, queria tomar parte en ella, conseguiria rehacer su fortuna.

La operacion se reducía á suministrar un gran número de armas al czar para reprimir la Polonia. Se ganaría en el negocio el 300 por 100.

La palabra czar sacó á Lethierry de sus meditaciones. Interrumpió al doctor Hérode:

—Yo no quiero nada con el czar.

El reverendo Hérode respondió:

—Mess Lethierry, los príncipes son queridos de Dios. Escrito está. Dad al César lo que es del César. El czar es César.

Lethierry, que de nuevo se habia entregado á su idea fija, murmuró:

—¿Quién es César? Yo no le conozco.

El reverendo Jaquemin Hérode volvió á su exhortacion. No insistió en el negocio de Sheffield. No querer César, es ser republicano.

El reverendo comprendía que se fuese republicano. En tal caso, que mess Lethierry volviese sus miradas de negociante hacia una república. Mess Lethierry podía restablecer su fortuna en los Estados-Unidos mejor aun que en Inglaterra.

Si quería decuplicar lo que le quedaba, no tenía que hacer mas que tomar acciones en la gran compañía de explotación de plantaciones de Tejas, la cual empleaba mas de veinte mil negros.

—Yo no quiero esclavitud, dijo Lethierry.

—La esclavitud, replicó el reverendo Hérode, es de institucion sagrada.

Está escrito: «Si el amo maltrata á su esclavo, no se le podrá castigar ni reconvenir, porque el esclavo es su dinero.»

Gracia y Dulce, de pie en el umbral de la puerta, recogían con una especie de éstasis las palabras del reverendo doctor.

El reverendo continuó. Como hemos dicho, bien considerado todo, era un buen hombre, y cualesquiera que pudiesen ser sus diferencias de casta ó de persona con mess Lethierry, le ofrecía sinceramente todo el auxilio espiritual; y hasta temporal, de que el doctor Jaquemin Hérode disponía.

Si mess Lethierry estaba arruinado hasta el punto de no poder cooperar fructuosamente á una especulación cualquiera, rusa ó americana, ¿porque no entraba en el gobierno y en las funciones asalariadas? Hay nobles destinos, y

el reverendo estaba dispuesto á introducir en ellos á mess Lethierry.

Precisamente en Jersey se hallaba vacante el cargo de comisario. Mess Lethierry gozaba de buen concepto, y el reverendo Hérode, dean de Guernesey y coadyutor del obispo, se empeñaba en obtener para mess Lethierry el cargo de comisario de Jersey.

El comisario es un oficial de campanillas; asiste, como representante de S. M., á la celebracion de los juicios, á las vistas de causa y á las ejecuciones de las sentencias.

Lethierry fijó su mirada en el doctor Hérode.

—Yo no soy partidario de la pena de muerte, dijo.

El doctor Hérode, que hasta entonces habia pronunciado todas las palabras con la misma entonacion, se puso mas severo y dió á su voz una inflexion nueva:

—Mess Lethierry, la pena de muerte está ordenada divinamente.

Dios ha puesto la espada en manos del hombre. Está escrito: «ojo por ojo, diente por diente.»

El reverendo Ebenezer acercó imperceptiblemente su silla á la del reverendo Jaquemin, y le dijo de manera que pudiese oírle mas que él:

—A ese hombre le dictan lo que dice:

—¿Quién? preguntó con el mismo tono el reverendo Jaquemin Hérode.

Ebenezer respondió en voz muy baja:

—Su conciencia.

El reverendo Hérode sacó del bolsillo un tomo grueso



MR. EBENEZER.

encuadernado y con broches, lo dejó encima de la mesa y dijo en voz alta:

—La conciencia, héla aquí.

El libro era una Biblia.

El doctor Hérode se suavizó en seguida. Deseaba ser útil á mess Lethierry, á quien consideraba fuerte.

Como pastor, tenia el derecho y el deber de aconsejar; sin embargo, mess Lethierry era libre.

Mess Lethierry, abrumado de nuevo bajo el peso de su contratiempo, nada oía. Deruchette, sentada á su lado, y pensativa tambien, no levantaba los ojos, y añadía á aquella conversacion tan poco animada la cantidad de mortificacion que acarrea una presencia silenciosa.

Un testigo que nada dice es una especie de peso indefinible, lo que no parecia comprender el doctor Hérode.

Viendo que Lethierry nada respondia, el doctor Hérode quiso despachar pronto. El consejo viene del hombre y la inspiracion de Dios. En el consejo del sacerdote hay inspiracion. Bueno es aceptar los consejos, y peligroso rechazarlos.

Sochoth fue cautivo de once diablos por haber menospreciado las exhortaciones de Nathanael.

Tiburiano quedó cubierto de lepra por haber echado de su casa al apóstol Andrés.

Barjems, no obstante ser mago, se quedó ciego por haberse reido de las palabras de San Pablo.

Elxai y sus hermanas Marta y Martina gimen actualmente en el infierno por haber despreciado las adverten-

cias de Valencianus, que les probaba tan claramente como la luz del dia que su Jesucristo, de treinta y ocho leguas de altura, era un demonio.

Oolibann, que se llama tambien Judit, se sometia á los consejos. Ruben y Pheniel escuchaban las órdenes que venian de lo alto; sus mismos nombres bastan para indicarlo; Ruben significa *hijo de la vision*, y Pheniel significa *la cara de Dios*.

Mess Lethierry dió un puñetazo á la mesa.

—¡Por vida! exclamó, la culpa es mia.

—¿Qué quereis decir? preguntó M. Jaquemin Hérode.

—Digo que la culpa es mia.

—¿Vuestra? ¿por qué?

—Porque hacia regresar á la Duranda el viernes.

M. Jaquemin Hérode murmuró al oido de M. Ebenezer Candray:—Ese hombre es supersticioso.

Y repuso levantando la voz magistralmente:

—Mess Lethierry, es pueril creer en la mala influencia del viernes. Ninguna fe deben merecer las fábulas. El viernes es un dia como cualquier otro. Con mucha frecuencia es una data feliz. Melendez fundó la ciudad de San Agustin un viernes; viernes era cuando Enrique VII dió su comision á John Cabot; los peregrinos de *Mayflower* llegaron un viernes á Province-Town. Washington nació el viernes 22 de febrero de 1732, y Cristóbal Colon descubrió la América el viernes 12 de octubre de 1492.

No dijo mas, y se levantó.

Ebenezer se levantó tambien.

Gracia y Dulce, adivinando que los reverendos iban á marchar, abrieron de par en par la puerta.

Mess Lethierry nada veía ni oía.

Mr. Jaquemin Hérode dijo á solas á Mr. Ebenezer Caudray:—Ni siquiera nos saluda. Eso no es tristeza, es embrutecimiento. Sospecho que está loco.

Sin embargo, cogió su Biblia de encima de la mesa y la tuvo entre sus manos como si fuese un pájaro que temiese se le escapase.

Su actitud llamó la atención de todos los presentes. Gracia y Dulce alargaron el cuello.

Su voz hizo cuanto pudo para ser magestuosa.

—Mess Lethierry, no nos separemos sin leer una página del Santo libro. Las situaciones de la vida se aclaran por medio de los libros; los profanos tienen los agujeros virgilianos, los creyentes tienen las advertencias bíblicas.

El primer libro que se nos viene á la mano, abierto por cualquiera de sus páginas, da un consejo; la Biblia, abierta por cualquiera de sus páginas, hace una revelación. Es principalmente buena para los afligidos.

Lo que infaliblemente se desprende de la Santa Escritura es un consuelo á nuestras penas. En presencia de los afligidos, es preciso consultar el santo libro sin escoger el punto en que se abre, y leer con candor el pasaje que primero hiere nuestra vista.

Lo que el hombre no escoge, lo escoge Dios. Dios sabe lo que nos conviene. Su dedo invisible se halla en las líneas inesperadas que leemos. Cualquiera que sea la pá-

gina, de ella brota necesariamente la luz. No busquemos otra, y atengámonos á ella.

Es la palabra que viene de lo alto.

Nuestro destino nos es misteriosamente revelado en el texto evocado con confianza y respeto. Escuchemos y obedezcamos.

Mess Lethierry, os hallais sumido en el dolor, este libro es un bálsamo de consuelo; os hallais enfermo, este libro es la salud.

El reverendo Jaquemin Hérode abrió los broches de la Biblia, deslizó una uña por entre dos páginas, tuvo un instante su mano sobre el libro abierto, y despues de otro instante de recogimiento, bajó los ojos con autoridad, y se puso á leer en alta voz.

Hé aquí lo que leyó:

«Isaac se paseaba por el camino que conduce al pozo llamado el Pozo del que vió y que ve.

»Rebecca, habiendo visto á Isaac, dijo: ¿Quién es ese hombre que vá delante de mí?

»Entonces Isaac la hizo entrar en su tienda, y la tomó por mujer, y el amor que por ella sintió fue grande (1).»

Ebenezer y Deruchette se miraron.

(1) Víctor Hugo se permite modificar este pasaje de la Biblia.